

## CESAR ENRIQUE ROMERO

De allende los mares, de las tierras hermanas de Iberoamérica, nos ha llegado la cruel e inesperada noticia: la muerte del profesor César Enrique Romero. Fue un hombre de ánimo sereno, rebosante de fe y esperanza y, sin duda, con esa misma fe y esperanza ha vuelto al seno de la tierra. Deja tras de sí profunda y sensible huella, en los diversos caminos por los que transitó, y una obra realmente importante en cantidad y en cualidades humanas fuera de serie. Era —fue— un peregrino del saber, de la armonía y de la perfección que recorrió los cuatro puntos cardinales del humanismo. Se entregó siempre al máximo, siempre enamorado de su quehacer intelectual y siempre anhelando comunicar, a sus amigos, a sus alumnos y lectores, la esencia de sus más depurados saberes. Deja, pues, obra y deliciosos recuerdos entre quienes tuvimos la fortuna de recibir sus palabras y enseñanzas.

Su *curriculum* profesional es impresionante, y en estos momentos en los que la pluma urgentemente tiene que moverse para decantar sus altísimas calidades académicas, actividades que conocieron días de gloria en los claustros de las Universidades de la nación argentina —Universidad de Córdoba, Universidad del Salvador, Universidad Nacional de Buenos Aires—, es preciso evocar, ante todo —incluso con ademán egoísta por nuestra parte—, que fue un campeón de la Hispanidad.

Amó a España con generosidad sin límites, quiso conocer hasta el más pequeño detalle de nuestras costumbres y llegar, como llegó, a la entraña de nuestro ser. Muy amplias fueron sus estancias entre nosotros y, precisamente, siempre para trabajar denodadamente, con alegría e inmenso optimismo en nuestras Universidades. Dictó cursos y conferencias en la Universidad Autónoma de Madrid, en Barcelona, Valencia, Granada, Santiago, Salamanca y Deusto. Este noble quehacer universitario le permitió, al mismo tiempo, recomponer el mosaico histórico, político y social de nuestro pueblo. Por eso, por andar por nuestros caminos —como un moderno Don Quijote o un Martín Fierro— con tanto entusiasmo y placer, supo luego, ya ubicado en su tierra natal, exponer con esmerado cuidado la imagen real de una España

que ahora, en los círculos intelectuales de más alto nivel académico, siente la amarga ausencia del profesor, del humanista y del amigo desaparecido.

Desde su más temprana mocedad, el hombre que ahora ha traspasado la enigmática frontera que separa a la vida de la muerte tuvo una radical predilección por el cultivo de la Ciencia Política. Deja en esta parcela del saber, como perfectamente saben sus lectores, extensa y profunda obra. Y no fue, ciertamente, gratuita su predilección por cultivar apasionadamente esta disciplina. Supo, y jamás lo ocultó, que una de las cosas más difíciles de nuestro mundo estriba, precisamente, en el gobierno de los hombres. Dedicó, consecuentemente, infinitas vigiliias al análisis y meditación de cada uno de esos conceptos que, de ordinario, con tan poco esmero manejamos la generalidad de los hombres: «poder», «ideología», «sistema», «Estado», «pueblo», «hombre»...

En uno de sus más interesantes estudios monográficos nos advirtió, precisamente, de la rabiosa actualidad que la Ciencia Política mantiene a través de los siglos. Actualidad siempre vigente, siempre enhiesta e insuperable por cualesquiera otro tema. *Y es que* —subrayó en solemne ocasión el maestro desaparecido— *los hombres no acaban de aprender a ser generosos los unos con los otros* —la carencia de generosidad es el principal afluyente de la conflictividad que reina en el mundo—. Por eso mismo, afirmaba con emocionada palabra el doctor César Enrique Romero, «no ha decaído ni la evolución ni el interés que suscita en el mundo intelectual, periodístico, social y político esta antigua y siempre renovada disciplina».

Para el eminente profesor, nuestra época no ofrecía la más pequeña dificultad para su definición. Y, sorprendentemente, esa definición no la hacía recaer, como tantos otros hombres de letras suelen hacerlo, sobre la base de la matización del imperio de lo científico. A juicio del llorado humanista argentino, nuestra época pasará a los manuales de Historia que se escriban en el futuro como época del *renacer político*. Nuestro tiempo no es el del *Siglo Atómico*, sino, por el contrario, el *Siglo de la Política*.

Cierto es, e igualmente supo advertirlo con rigurosa expresión el autor cuya semblanza trazamos, que hay —y habrá— alguna que otra polémica en torno de las direcciones u orientaciones propias que hoy registra la Ciencia Política. Esas polémicas son, en parte, naturales, puesto que, como es harto sabido, sobre esta delicada disciplina desembocan hoy contenidos, influencias y pareceres que, en otros tiempos, estuvieron exclusivamente monopolizados por otras especialidades académicas: «Hay y habrá polémica en torno a sus direcciones —manifestaba no hace mucho tiempo el maestro desaparecido—. No se trata de atribuir a la Ciencia Política el estudio de todas las relaciones de poder, puesto que existen poderes sociales, centros de poder comunitario,

que despliegan energías y efectividades con alta incidencia en la marcha de la estructura social. Pero hay un tipo de poder, *el poder político*, con máxima capacidad para vencer cualquier otra resistencia y conducir a la comunidad. Se trata de un poder con capacidad de *conducción*. Es la empresa de gobierno de que habla Hauriou, *la voluntad de dirigir una comunidad a buen puerto*.

Conocedor profundo de la disciplina a la que por entero consagró su existencia, también a diferencia de alguno de sus colegas menos optimistas, sostuvo siempre la tesis de la imperturbabilidad científica de la Ciencia Política a pesar de todos los pesares: «El hecho de que el objeto propio de la Ciencia Política reciba contribuciones de otras disciplinas no destruye la garantía científica del "objeto propio". Lo que hay que distinguir, sí, es el tipo de *interés selectivo* que mueve a una y otra disciplina. No hay incompatibilidad epistemológica, ni lógica, entre el interés de la Sociología, la Economía, el Derecho constitucional y la Ciencia Política por esa área de la realidad que llamamos *el poder o las relaciones de poder*. Cada disciplina concurre con su propia óptica cognoscitiva, tiene interés en una determinada vertiente del problema, reclama *una* de entre las varias caras del prisma.»

Con la serenidad que le caracterizó en todos sus actos supo vislumbrar, con toda felicidad, la auténtica misión que en nuestros días es preciso asignar a la Ciencia Política: *La política debe enderezarse hacia objetivos solidarios, plenos de bien común y justicia, de la sociedad contemporánea que requiere respuestas concretas sobre sus necesidades o demandas*. Más de una vez las teorías han encubierto la explotación del hombre por el hombre. Y hoy —parece ser también *el signo de los tiempos*— marchamos a la liberación de la persona humana. Pensamos que no podemos rezagarnos —incluso en la elucidación de las disciplinas culturales—, so pena de quedar marginados de los procesos históricos.

Con la muerte del profesor César Enrique Romero desaparece, en verdad, un notable politicólogo, un sensible humanista y, sobre todo, un hombre bueno que, a su paso por la tierra, supo sembrar, tener fe, honrar la amistad y dar ejemplo, por doquier, de su altísima categoría intelectual. Las páginas de la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS dieron testimonio, en diversas ocasiones, de su valía académica —«Tendencias actuales del constitucionalismo», «El Derecho constitucional y los procesos de modernización del Estado contemporáneo», «El liderazgo como realidad de poder», «Ciencia política, Derecho político y Derecho constitucional», «Constitución e ideología», fueron, entre otras muchas, algunas de las sugestivas monografías que, bajo su prestigiosa firma, aparecieron en nuestra Revista—. Era miembro correspondiente del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, vicepresidente de la Asociación Argentina de Ciencia Política y vocal del Consejo de Redacción de la *Revista*

IN MEMORIAM

*del Instituto de Estudios Sociales de Barcelona. Autor de numerosos libros —entre los que destacan *Estudios de Ciencia Política y Derecho constitucional* y *Temas constitucionales y políticos*— y numerosos ensayos.*

La Ciencia Política pierde, con la muerte del eminente profesor César Enrique Romero, uno de sus más brillantes cultivadores contemporáneos. El Instituto de Estudios Políticos, un eficaz y leal colaborador, y quienes tuvimos la suerte de ser sus amigos y discípulos, a un maestro de calidades entrañables. Que Dios le haya recibido en su seno y premie, en la vida eterna, sus desvelos, su humanidad y caballerosidad singular.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

Secretario de la Sección de Política Cultural  
del Instituto de Estudios Políticos